

toda la trascendencia que encarnan; en el doctor Carrasquilla se ha honrado la misión docente, se ha enaltecido la virtud del magisterio, se ha recogido un girón de gloria nacional para ofrendarlo a los que trabajan en el silencio de la cátedra, silencio que al fin se patentiza entre vítores y palmas como en la hora presente.

Las manifestaciones de respeto que la nación ha tributado a la Instrucción pública en la persona del doctor Carrasquilla, obliganlo a proseguir la senda que hasta ahora ha recorrido; pero de ello no necesita él dar muestras porque la República lo conoce y no quiere que descansa de sus fatigas, antes bien, que como sombra tutelar de la sana educación de Colombia, continúe al frente de esta fortaleza del patriotismo y del saber. Esa labor es inmaculada y digna de alabanza: pertenece a la gloria de la nación colombiana.

CARTA-PRÓLOGO

Bogotá, 20 de octubre de 1915.

Señor don Francisco Vergara Barros.--Presente.

Distinguido señor y amigo:

Verdadero placer me ha dado usted al franquearme algunos pliegos del libro que está imprimiendo y que contiene su bella traducción de Horacio. El hecho de que usted haya completado la labor que empezó desde que cursaba en los claustros del glorioso Colegio del Rosario es para sus amigos motivo de plácemes; y el de que haya desempeñado su tarea con el brillo que a otros, no a este su incompetente estimador, toca juzgar y enaltecer, ha de regocijar al público, pues no es para menos la reputación que derivará la Nación de que uno de sus ciudadanos acreciente el dichoso número de aquellos que aquí y fuera han al-

canzado a asociar su nombre con el de una de las mayores glorias literarias que destellan en el templo de la inmortalidad. Bien haya, pues, este Horacio español elaborado por usted y ofrendado al *alma Mater* donde tuvo la dicha de nutrir su ánimo y su espíritu con excelente educación y doctrina; bien haya ese precioso tributo presentado por usted al insigne Rector del Rosario, honor de la Patria y de la Iglesia, y que ha aplicado su vida a la formación de varias generaciones de alumnos, llevando en su cabeza, junto con la corona sacerdotal, la corona de apóstol del magisterio y de la sabiduría.

Este trabajo suyo, inspirado por su amor a la más acendrada literatura y ejecutado por fina erudición y por estilo tan fácil como casto, es también inestimable colaboración que presta usted a la educación de la juventud. Porque Horacio es en la historia universal de las humanidades el modelo tal vez más perfecto y más unánimemente reconocido de la verdadera poesía, es decir, del arte divino que da reglas a la inspiración para expresar la belleza por medio de la música de las palabras. Ya de mi memoria se ha borrado lo poco que mi adocenada instrucción en la latinidad me permitió admirar cuando en la clase traducía a duras penas al inmortal vate; los años me han debilitado ese recuerdo, del que sólo me vienen ráfagas instantáneas de inocencia y de tranquilidad, mezcladas con los nombres de yambos y exámetros, sáficos y troqueos, que en cierta manera me impedían darme cuenta de las bellezas del maestro. Pero aun así recuerdo y leo aún que el Petrarca consideraba a Horacio como el libro más digno, entre las obras literarias antiguas, de ser propuesto al estudio y admiración de las edades.

El inmortal a quien usted interpreta no sólo cultivó, sino que profesó la poesía con vocación imperiosa y constante. Apolo fue, según él mismo dice, quien

le concedió el numen y el arte de hacer versos; las hiedras, premio de las doctas frentes, lo pusieron en la compañía de los dioses; del vulgo le apartaban la contemplación de los bosques helados por el invierno, así como las danzas de ninfas y de sátiros, y miraba como causa capaz de exaltarlo a las estrellas el ser contado entre los poetas líricos. Aunque de humilde condición, considerábase ennoblecido por la profesión de poeta, la que le hizo decir que tenía levantado un monumento más durable que el bronce y más alto que las pirámides, porque, en su sentir, nadie recibe el merecido premio de sus obras cuando el papel no las menciona, al paso que las musas son las que impiden que muera el varón digno de alabanzas.

Tal vocación, que absorbía el genio de Quinto Horacio, se unía a gran modestia, reflejo de su mente y de su ánimo, admirablemente asentados y equilibrados. Así se muestra agradecido a la parca, porque todo se lo concedió, dándole unos pequeños campos junto con la inspiración de la musa griega y con el despego del vulgo, al cual detesta y del cual vive apartado. No te afanes, dice a Hirpino, por alcanzar con qué pasar la vida, que tan pocas cosas necesita. Para él es feliz el que libre del afán de los negocios, entiende sólo en cultivar una pequeña heredad, arando con sus bueyes el campo que le dejaron sus padres. Conformándose con esta ceñida medianía y siendo leal a la amistad y a la inspiración poética, se preciaba de ser buscado de los ricos, a pesar de su pobreza.

La moderación no era incompatible en este hijo de las musas con buena porción de epicureísmo, refinado en la mitología griega y romana, asunto casi indefectible de sus alusiones y metáforas, epicureísmo que muestra confundidos en sus cantos varios preceptos de moral, piedad y patriotismo, con alabanzas al vino y al amor, a Lálage y al falerno, a Cintia lo mismo que

al másico y al céculo, cuyo calor animaba muchas veces, según él, la virtud de Catón el antiguo, cuyo influjo atormenta blandamente y activa el severo ingenio, así como restituye a los desgraciados la esperanza y comunica alientos a la abatida pobreza, por lo cual al abstemio Dios le hace duras y difíciles todas las cosas.

La muerte es asunto muy usado en los versos horacianos, no en el concepto cristiano de antítesis del sensualismo y entrada de eterna vida, sino por el contrario, de estímulo para coger el día de hoy sin contar con el de mañana. Por eso quiere el vate que la tranquilidad no se altere inquiriendo lo que después ha de suceder, pues hay que lucrar el día presente, ya que la tierra abre su seno lo mismo al pobre que al rico. Repugna ciertamente no sólo a nuestra fe sino a la sana filosofía esta mezcla de la idea de la muerte con la de los placeres, no para moderarlos sino para disfrutarlos, hasta el punto de borrar toda esperanza de lo eterno y de agradecer a Dios el que oculte discreto en oscura noche los sucesos del tiempo por venir, riéndose del mortal que se afana más de lo debido. Desoladoras ideas que en mentes tan privilegiadas como las del gran lírico producían una especie de predicación mundana y que en el gran vulgo, compuesto de emperadores, magnates, senadores, soldados y pecheros, hubo de coincidir con la inmoralidad más detestable que recuerda la historia.

El patriotismo del poeta no ha de cifrarse únicamente en su asistencia a la batalla de Farsalia, en la cual estuvo acompañado de Pompeyo Varo y de la cual confiesa ingenuamente que salió huyendo cuando hicieron otro tanto Casio y Bruto. Su patriotismo consiste en la claridad y denuedo con que se dirige a los romanos hablándoles del Imperio que corre a su ruina; de la necesidad de expiar las maldades pasadas; de

los castigos que trajo sobre la ciudad la estrella de Julio, emisario de catástrofes; de lo dulce y gloriosa que es la muerte por la patria, y de lo inmutable que es la luz de la virtud, muévase a donde se movieren los soplos del aura popular. El poder destituido de consejo se derrumba, enseña Horacio, y los dioses lo exaltan cuando la templanza lo guía. Sobre la guerra civil la enseñanza del Venusino forma una doctrina moral; pues según él Roma venía a tierra por sus propias fuerzas a causa de haber colmado con esa clase de disensiones su segunda edad: «nosotros, exclama, edad impía cuya sangre está destinada a la venganza, destruiremos a Roma después de que Germania no pudo batirla con su juventud de ojos azules, y los hados enviarán sobre ella el castigo de sus fraternos homicidios.»

Su estro exalta a veces el furor de Dios, a quien invoca no ya bajo las formas vacías de falsas deidades, sino como fuente y vengador de la justicia. Así es como dice el pueblo romano que éste pagará, aunque sin culpa actual, los delitos de sus mayores hasta que se reedifiquen los templos de la divinidad, la cual despreciada enviará males sobre Hesperia, «porque la edad de nuestros padres, dice, es peor que la de nuestros abuelos, y nos produjo a nosotros aún más malos y destinados a producir una descendencia todavía peor». A la inversa, la esperanza lo entusiasma a veces, como en el *Carmen sæculare*, cuando hace votos porque la paz, la fe y el honor y la honestidad antigua y la virtud despreciada se atrevan a regresar a la patria, y cuando invoca en otro lugar a Dios, a quien llama el Padre que todo lo produce aunque todo es inferior a EL.

Entre todos los autores que, a causa de la profundidad del pensamiento y de la concisión de la forma, tienen la fortuna de que por el mundo y por los siglos circulen como preciosas joyas morales sus máximas y sentencias, Horacio es tal vez el que se lleva la palma.

Esto se observa en la mayor parte de sus páginas, esmaltadas de pensamientos que han dominado la memoria de los hombres por su brevedad, tersura, profundidad y elegancia. El de vida inculpable y puro de maldad no necesita de moriscas lanzas que lo defiendan; la embriaguez es hermana del amor propio, la indiscreción y la vanagloria; el arrepentimiento del delito exige la extirpación de la codicia; téme al vicio más que a la muerte; sé magnánimo tanto en la adversa como en la próspera fortuna. Pensamientos son éstos de la más pura moralidad, que hacen recordar algunas veces los verdaderamente divinos, como aquel que dice que Dios puede trocar en bajo lo alto, humillando al soberbio y sacando a la luz lo que está en tinieblas; pero que apenas son raros relámpagos en la oscura noche del paganismo, ya porque no forman sistema, ya por su ineficacia y falta de autoridad respecto de las costumbres.

Como expresión de un pensamiento en que palpité no sólo el más alto ideal de la belleza que concibieron los paganos, sino el más sublime concepto de la virtud, identificada con el valor moral; ese valor o denuedo es recomendado por Horacio como el mejor remedio de las tribulaciones, en las cuales el sufrimiento debe reemplazar las lágrimas y las blandas quejas. En sus versos justicia y valor suelen significar lo mismo, pues el varón justo y tenaz estará impávido aunque se caiga el orbe; y como coronamiento de sus máximas morales podemos citar aquella de que la pena cojeando alcanza siempre, tarde que temprano, a la rápida maldad, y de que envidiosos aborrecemos a la virtud mientras alienta, y la echamos menos cuando es arrebatada a nuestros ojos.

Pero donde brillan con más esplendor el profundo conocimiento de la verdad y su clara y precisa expresión como distintivo de Horacio, es en ese código tan sencillo como breve, llamado *Arte poética*. Si es que el

humano ingenio ha logrado descubrir la ley estética aplicable a la poesía, es en ese breve tratado en que la didáctica se asocia con la elegancia, la claridad con la razón, lo natural y espontáneo con la perfección más acabada. Allí es donde puede admirarse mejor las aptitudes del legislador de la belleza y el buen gusto para condensar en breves palabras no sólo un gran precepto literario, sino también los preceptos de la sabiduría y de la experiencia, a todo lo cual se adapta el pensamiento del autor. Allí como en el resto de sus obras, y aun tal vez con mayor perfección, resaltan la sobriedad que desecha el ambicioso ornamento; la elegante hermosura de la expresión; la naturalidad, que refrena todo lo que sea delirio, es decir, todo movimiento de la fantasía no subordinada a la razón, y todo esto combinado con una claridad comparable a la del más puro cristal y con una forma tan perfecta como la que da a sus obras el artista al cincelarlas. Parece, pues, que las poesías interpretadas por usted fueran en Horacio como otras tantas diamantinas estrellas en que se condensó mucha parte del éter espiritual de que vivieron la inspiración y la sabiduría de los antiguos.

Estas tenues reflexiones, pocas entre las muy variadas que pueden sugerir la obra de usted, comprueban la utilidad de su lectura aun para aquellos que no estamos iniciados en los arcanos de la verdadera crítica. Demuestran también la importancia de su trabajo no menos que sus primores literarios. En otro tiempo estos estudios no eran exclusivos de las aulas, pues usando de buenas versiones, había individuos instruidos que procuraban compartir con los literatos alguna noticia de los autores clásicos. Ahora, al compás que crece la actividad en la producción de libros, la enorme cantidad de ellos absorbe el tiempo y su índole divierte la atención del lector de las obras más serias. Ojalá que el libro de usted despierte la afición al gran poeta,

puesto al alcance de todos, para que el buen gusto cobre aumentos y para que se difundan ciertas ideas no sólo de orden literario, sino de orden moral y social, todo lo cual suele hallarse en las obras de la inmortal literatura antigua.

Y tornando a ideas que apunté al principio, todos consideran dichoso a usted por poder ofrecer su interesante trabajo al señor doctor don Rafael María Carrasquilla en el fausto día en que sus alumnos festejan su onomástico y también el vigésimoquinto aniversario de las tareas de tan ilustre colombiano como Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Ningún presente más adecuado, ninguna ofrenda mejor escogida para expresar la gratitud de usted y de sus discípulos, que este Horacio puesto por usted en la lengua de España y de América.

Trazar en ceñido cuadro la vida, la acción, el saber, la virtud y el mérito del ilustre Rector, exigiría la pluma concisa y profunda de Horacio. El doctor, «digno sucesor de un nombre ilustre», es con razón hijo dilectísimo de la Iglesia y de la República. Desde temprano ofreció a Dios su vida con todos sus talentos, y esa ofrenda ha permanecido inmaculada y fecunda en la presencia del Señor. Su anhelo en largos años, desde el orto hasta el ocaso, ha sido la educación profesional de la juventud, la formación de los eclesiásticos, la dirección de las almas, la defensa de la sociedad y de la Iglesia, el estudio y enseñanza de la filosofía, el cultivo de las letras, el ejercicio de la oratoria. Bajo su dirección el Rosario recuperó su genuino espíritu, y el doctor fue quien sacó del arroyo la piedra preciosísima para abrillantarla y ponerla nuevamente en la corona de la República cristiana. Por esas aulas ha vuelto a discurrir el sano aliento de la filosofía cristiana, el aura vital del inmutable Aristóteles aplicada por el genio de Aquino a todo el sistema del cristianismo. Al mismo

tiempo el maestro de usted ha alcanzado palmas como orador insigne y capaz de exponer la más admirable doctrina bajo la forma de la erudición y la belleza. De su pluma salen obras de alto mérito en que se elucidan no sólo temas filosóficos y literarios, sino asuntos de vital importancia para la Religión y para la República. Bajo su rectorado la literatura ha venido a ser una profesión, capaz de lauros y de aplicación benéfica al profesorado y a importantes cargos oficiales. Sus alumnos son prez de la jurisprudencia, de la filosofía, de la elocuencia y de las letras, y se cuentan en gran variedad como institutores, escritores, poetas, lingüistas y abogados. Y a todo esto se agrega que esta obra intelectual tan extensa está asociada con lo que según Dupanloup es esencia de la educación, es decir, con un influjo permanente de autoridad y de respeto, que se está comprobando en esta misma festividad.

¡Qué fecunda vida! ¡Qué brillante carrera! No en vano sus discípulos se congregan a decirle y testificarle su reconocimiento. No en balde la sociedad se pone en pie para expresarle un aprecio y una admiración que a él no lo envanecen porque pasan purificados al través de su caridad y de su mansedumbre.

Hoy se alegrará en el cielo con la alegría de los justos el alma del ilustre fundador del Rosario, de aquel gran prelado y verdadero repúblico a quien don Francisco de Quevedo dedicaba una de sus más grandes obras con estas palabras:

«Al Doctísimo y Reverendísimo Padre Fray Cristóbal de Torres, Religioso del glorioso Patriarca Santo Domingo, verdadero discípulo de la santa doctrina del Angélico Doctor Santo Tomás, predicador evangélico del Rey.... Suplico a Vuestra Paternidad Reverendísima lleve a cuenta de su humildad, con la modestia ejemplar que tiene, esta mortificación de verse nombrado en

este proemio mío, y perdone con caridad lo que se baja por lo que me autoriza.»

Acepte, pues, doctor Vergara, mis parabienes por su libro y mis plácemes no sólo a usted, sino a sus discípulos y a su maestro, porque la obra de él, aprovechada por ustedes, da a la Patria alegría y esperanzas como las que todos los buenos deben sentir en estos días.

Su amigo afectísimo y seguro servidor,

MARCO FIDEL SUAREZ

CONTESTACION

de Monseñor R. M. Carrasquilla al ofrecimiento del banquete con que se le obsequió el día 25 de octubre con motivo de sus Bodas de plata en el Rectorado del Colegio del Rosario.

Acepto vuestros favores

Con gozo, y esto no obstante,

Me causan tantos loores

En la conciencia escozores

Y rubor en el semblante.

Ha hecho vuestro buen querer,

De ello persuadido estoy,

Que hayáis dado a conocer

Lo que yo debiera ser,

No en realidad lo que soy.

Me otorgó Dios la fortuna

De mirar la luz primera

Mecido en honrada cuna,

Pero en que así aconteciera

No tuve parte ninguna.